

estaba demasiado asustada y confusa. Solo tenía doce años y dio con la tumba en medio de una tormenta. No volvió nunca a aquella comarca, que no estaba cerca de su casa, porque sus parientes ya no vivían allí, y, durante varios años después, desembarazada de aquel sueño, excepto en el recuerdo, su único deseo consistió en librarse para siempre de tan misteriosa y aterradora experiencia.

La señorita S, terminaba diciendo: «En el fondo de mi mente, creo que se trataba de una joven de diecinueve años, pero esto no puedo jurarlo.» Por mi parte, he de añadir que el tono de su carta, bastante extensa, era sereno, razonable, coadyuvante. También he de agregar que su actitud fue la misma cuando, más tarde, celebró una entrevista con una investigadora de su misma edad, poco más o menos, con la cual muy probablemente se sentiría más a gusto que se hubiera sentido conmigo, en el caso de haber sido yo quien la hubiera interrogado.

El resultado final de nuestras diversas pesquisas y exploraciones, entre las que se incluía el fotografiar algunas tumbas probables, puede resumirse de la manera siguiente: el acceso a la capilla, la capilla misma, el cementerio—todo lo cual vio realmente la señorita S, al margen de sus sueños, solo en aquella ocasión—, eran como los había descrito ella. Pero no había ninguna lápida que tuviese inscrita la fecha del 29 de abril de 1934, y, en realidad, según hizo constar por escrito el rector a nuestro requerimiento, no se había efectuado ningún entierro en aquel cementerio durante los meses de abril y mayo de 1934. Se le mostraron dos fotografías de probables tumbas a la señorita S, quien inmediatamente declaró que eran diferentes por completo en cuanto a la forma (y, naturalmente, también en cuanto a la fecha) de la que ella viera, la única que viera, la cual, a diferencia de estas, ostentaba letras y números negros y muy nítidos sobre una lápida vertical muy blanca.

Resulta razonablemente seguro que la señorita S no vio en realidad la lápida con la fecha de su nacimiento inscrita en ella. Pero con igual seguridad ella creyó verla. Tras una larga y escrutadora entrevista, quedó clara su inocencia respecto a una patraña consciente, aunque no quedase libre por completo de cierta confusión en cuanto a recuerdos y asociaciones. Así, pues, ¿qué conclusiones podemos extraer de su relato?

En primer lugar, su sueño es de índole distinta a la de la mayoría de los que me describen mis corresponsales. Para empezar, «este sueño se repitió una y otra vez durante toda mi infancia, sin que jamás difiriese en ningún detalle». Esta repetición me parece sugerir una infancia no muy feliz y saludable, una infancia alejada de la vida. El contenido simbólico del sueño recurrente lleva esta sugerencia más lejos.

Los caballos, por ejemplo, son frecuentemente símbolos de energía vital, y, en el cementerio, donde siempre se hallaba ella en sus sueños, unos caballos vagaban sin rumbo. Después de eso, el sentirse «irresistiblemente atraída hacia una tumba» parece casi inevitable. El sueño se repetía insistentemente, hasta constituir una especie de ilustración altamente dramática sobre su situación existencial. Pero más tarde, ya muy cerca de los trece años de edad y siendo una muchacha saludable y activa (montaba en bicicleta, nadaba), vio de pronto—y, por añadidura, en medio de una tormenta—la capilla y el cementerio que había visto en aquellos sueños. Y entonces, profundamente turbada, viviendo por un momento un sueño despierta, proyectando figuras desde su inconsciente, pareció hallar una lápida con la fecha de su nacimiento inscrita en ella.

En una palabra, se le estaba recordando simbólica y dramáticamente que había nacido a esta vida y que debía vivirla. Luego, vuelta hacia la vida, ya no fue acosada por el sueño, quedó libre del cementerio.

Ahora bien: si la señorita S está en lo justo cuando insiste en que reconoció la capilla y el cementerio inmediatamente, «exactos en todos los detalles», entonces su sueño recurrente fue, en parte, precognoscitivo. Tarde o temprano, daría con aquella capilla y el cementerio. Pero la fuerza emocional del sueño recurrente procedía de la situación de su existencia en el tiempo del sueño.

En mi opinión, el sueño no representaba, por así decir, un sabor anticipado de lo que sentiría durante el desarrollo del futuro acontecimiento real. En lugar de eso, su experiencia en el campo santo estuvo configurada y coloreada por el recuerdo de aquellos sueños de la infancia, que, en contra de lo que parecía pensar la señorita S, no prefiguraban la experiencia. La aparición de la fecha de su nacimiento en la lápida—una ilustración—fue el adiós que le dio el sueño.



Un minucioso análisis de todo lo que hizo, pensó y sintió la señorita S, después de reconocer la capilla y el cementerio y de entrar allí para examinar las tumbas, podría demostrar mi punto de vista; pero sería imposible efectuarlo después de tantos años. Me gustaría disponer aquí de espacio para una consideración más detenida de tan interesante caso, aunque solo sea porque sé que podría argüirse la presencia de una especie de «efecto reflejo» entre el sueño recurrente y la experiencia final, semisueño, semivigilia. Sin embargo, he de volver ahora a mis montones de cartas y su extraño cargamento de sueños.

Reconstitución del sueño del cementerio, citado en la pág. 209. El sueño, que obsesionó a la niña durante toda su infancia, fue parcialmente precognoscitivo, en cuanto el verdadero aspecto del cementerio concordaba exactamente con el cementerio del sueño. Pero es probable que la experiencia despierta de la muchacha estuviese conformada, hasta cierto punto, por el recuerdo que conservaba del sueño. Tan pronto como identificó el cementerio, se sintió quizá abrumada por la fuerza emotiva del sueño, y durante un instante vivió en un estado de ensoñación despierta. Así pudo «ver» una lápida con la fecha de su nacimiento, aunque en realidad no exista ninguna.